



Biblioteca **RODOLFO WALSH**

A black and white photograph of a group of people, including a man with a mustache and a woman, looking down at something in their hands. The image is split vertically by a white line.

WALSH

**¿QUIÉN MATÓ
A ROSENDO?**

 Planeta



WALSH

¿QUIÉN MATÓ A ROSENDO?

PRIMERA PARTE

LAS PERSONAS Y LOS HECHOS

1. RAIMUNDO

Había que arreglar esa empaquetadora para que la fábrica Conen pudiera seguir empaquetando sus jabones, las farmacias los vendieran, el grupo Tornquist siguiera cobrando sus dividendos y Raimundo Villaflor comiera el puchero que comió ese mediodía del 13 de mayo de 1966.

Conocía ese férreo círculo de las cosas: lo había elegido. O tal vez lo eligió su padre, Aníbal Clemente Villaflor, que el 17 de octubre de 1946 contribuyó a poner en Plaza de Mayo a los gremios más poderosos de Avellaneda y dos años después fue comisionado.

Es probable que para Raimundo Villaflor la primera opción se haya presentado en el colegio industrial. Dejó en quinto año, cuando le faltaban dos para recibirse de técnico. Tal vez no quería ser técnico, como el padre, a su tiempo, no quiso ser intendente.

Pero no —dice—, fue de haragán. Porque en esa época nos daban todo gratis: libros, uniforme, dinero para el viaje.

A los catorce años entró de aprendiz en Corrado, a los dieciséis pasó a Baseler Limitada. Allí se fabricaban vagones y puentes-grúa. Era oficial ajustador cuando cayó Perón y los interventores militares nombraron de oficio los cuerpos de delegados. En Baseler el delegado general fue Raimundo Villaflor: tenía veintiún años.

Como era tan pibe y tenía antigüedad, pensaron que no me iba a meter en nada. Entonces les “organicé” el taller y les hice una huelga.

En la casa de la calle Pasteur al 600, este viernes 13, Raimundo Villaflor terminó de almorzar. Tenía once años más; su mujer Alicia lavaba los platos, su hija Chela estaba en el colegio.

Eché un vistazo al diario. Parece que ese día no hubiera cambiado el de hoy: 300 ataques aéreos a Vietnam, aumentos en las tarifas telefónicas, huelgas en Tucumán, la construcción del Chocón. El presidente (Illia) viajaba a Chubut: el futuro presidente (Onganía) iba a cazar a Entre Ríos. El dólar bordeó los 190 pesos, la temperatura media, los 15 grados.

—¿Sabe usted cuántos generales hay en el ejército argentino? —preguntaba en Washington el senador Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

—No, señor —respondía el secretario de Defensa, Robert MacNamara.

—Se me informa que hay más generales en el ejército argentino que en el norteamericano. ¿Es posible?

—Supongo que sí, pero está fuera de la cuestión, señor presidente.

Habiendo tantos generales, Raimundo Villafior no conocía a ninguno, pero el secretario del general Gallo le habló una vez por teléfono:

Me dijo que levantara el paro, y si no, toda la comisión y yo a la cabeza estábamos todos presos. Le dije que si quería levantar el paro, que viniera él. Me dijo que nos presentáramos inmediatamente al sindicato. Entonces fue la comisión patronal, y fuimos nosotros por separado, no quisimos ir en el mismo camión. Allá nos presentaron, y enseguida nos quisieron apurar.

Un capitán gritaba que daba miedo. Villafior, agrandado, gritó más que él:

Que si él estaba acostumbrado a mandar en los cuarteles, con nosotros no iba a mandar, y que a nosotros no nos iba a manosear ningún general, ni coronel ni lo que fuera, porque nosotros éramos trabajadores y nos tenía que respetar. Que si los patrones querían levantar el paro, que pagaran las quincenas atrasadas, porque ésa era la causa del paro. Y que además él podía gritar y darse el lujo de decir las cosas que estaba diciendo porque él no sabía lo que era el trabajo. Se quedó sin palabras, y se la ganamos, ¿no? Se la ganamos.

Pero después vino la del 56, la gran huelga metalúrgica:

La gente estaba encojonada, quería guerrear. Se reunieron los personales, y todos los personales decidieron ir a la huelga. Pero después en los congresos

había delegados de las fábricas grandes que querían aflojar.

Uno de esos delegados de fábricas grandes en el congreso de la Unión Obrera Metalúrgica, seccional Avellaneda, era un orador fogoso de actitudes tibias o prudentes. Hacía sus primeras armas sindicales, representaba a Siam. Y se llamaba Rosendo García. Villafior casi no se acuerda de él.

En mitad del congreso se presentaron dos camiones de la policía y el ejército, con un comandante al frente que nos venía a prepear. Bueno, como siempre, el tipo se creyó que estaba en el cuartel, y amenazó con corrernos a tiros y encanarnos y pelarnos, hasta que no faltó uno que le dijo: “¿Por qué no se va a la puta que lo parió?”, y ahí entraron todos: andate, carnicero, hijo de una tal por cual, y se tuvo que ir. Tenía que irse o matarnos a todos. Pero la impresión les quedó a algunos, y empezaron a exponer posiciones que no eran las que habían decidido los personales, y a buscar pretextos sobre huelgas de brazos caídos, que había leyes que nos protegían, y patatín patatán. Se habían cagado. Entonces saltamos muchos de los talleres chicos y les dijimos que ahí no era cuestión de exponer el miedo que les había entrado, sino lo que habían decidido los personales. Se votó para la huelga general. Y peleamos, nos mantuvimos cuarenta y cinco días. Sí, dicen que Vandor. Pero aquí en Avellaneda Vandor era desconocido. Al propio Rosendo casi no lo conocía nadie. Aquí los que hicieron la huelga general fueron Curra, Bellón, Álvarez, el finado Fernández, Rincón, Isotti. Casi toda esa gente ha desaparecido.

Cuando se formó el comité de huelga de treinta miembros, Raimundo era el más joven. Le tocó el enlace con la fábrica más difícil, la Ferrum, que estaba al lado de Gendarmería, además de Tamet, Sánchez y Gurmendi, Gálvez. La policía los buscó, pero nadie sospechaba de ese muchacho que andaba por ahí, con la campera en la mano, comiendo una manzana. El que se dio cuenta fue el oficial Plomer, de la segunda de Lanús. Le allanó la casa, pero ya estaba en Dock Sud. Y cuando lo buscó en Dock Sud, estaba en Berazategui. Al fin cayeron todos, menos él.

Me acuerdo de que fue en la calle Catamarca, de Lanús Este, éramos veintinueve miembros del plenario cuando llegó la brigada con camiones, toda la patota. Varios se tiraron de la azotea, pero cayeron en un gallinero, y uno se quebró una pierna. El que cayó bien fui yo. Entonces empezaron a tirar, con carabina incluso. Salté tres alambrados antes de salir a la calle. Cuando iba a saltar el último, venía conmigo un compañero que fumaba mucho, y ya no corría, trotaba, y justo en el momento en que yo iba a saltar, pegan dos tiros contra una pared, y él se quedó parado. Pero yo salté, corrí un tranvía y lo agarré, aunque iba con los nueve puntos. Me saqué la campera y volví, los estaban subiendo al camión policial. La gente se amontonaba, y la policía dijo que eran ladrones, qué grande: una banda de veintinueve ladrones. Entonces ellos gritaban: “¡No somos ladrones, somos obreros!”, pero igual los llevaron.

El comité de huelga de Avellaneda había quedado reducido a este muchacho de estatura mediana y

ojos oscuros. Pisándole los talones iba casi siempre un chico nervioso, de humor descomunal: su hermano Rolando, tres años menor, que después recordará esa época con nostalgia y admiración:

—Qué lija que corrimos, Dios me libre. Pescábamos ranas de los arroyos, comíamos puerro, ¿te acordás, Pelusa?

Raimundo se acuerda. En Quilmes lo corrió la policía, se tuvo que tirar de un tren. Cambiaba de casa y seguía activando. Cuando el plenario nacional levantó la huelga, volvió a su fábrica, se sentó en el cordón de la vereda. El personal lo rodeó antes de entrar. Les explicó que ahora había que pelear por los presos.

La gente, con tantos días de huelga, no estaba quebrada. Y había una mishiadura... pero la gente no estaba quebrada. Ahora resulta que adentro de la fábrica me estaba esperando el principal Plomer. Estuvo allí toda la noche, era mi sombra negra, igual que el policía ese que persigue a Jean Valjean en Los Miserables, ¿cómo se llamaba? De un auto bajaron otros dos con ametralladoras, y el preso fui yo. Catorce días incomunicado en Lanús, eran esos días de cuarenta grados de calor, perdí siete kilos en el calabocito ese. Diez días en Olmos. Cuando el oficial me dio la libertad, me dijo: "Espero no verlo más por acá". Y yo le dije: "En cada huelga que haya, nos va a encontrar siempre".

¿Habría valido la pena? Raimundo Villafior se despidió de su mujer, recogió el bolsón con el paquete de sándwiches: a las dos entraba en la Conen y hacía ocho horas corridas. Caminó hasta la avenida

Mitre donde tomó el 8 —La Colorada— que lo dejaría en Piñeyro, enfrente de la lanera.

En la sección manutención de tocador de la Conen, que ya en 1883 era una fábrica de velas, y hoy empleaba a 500 obreros en tres turnos, con cuatro mecánicos por turno, Raimundo estuvo arreglando la empaquetadora hasta que el papel dejó de trabarse. Después anduvo con las prensas de los jabones, los molinos, alguna pieza suelta. Era el primer trabajo estable que conseguía en diez años, después de la huelga.

De Olmos había salido marcado y sin empleo. Recorrió innumerables talleres. Duraba dos días: el tiempo que tardaban en llegar los informes patronales y policiales.

Me la pasé tirando, changuendo, años enteros. Eso es terrible para un hombre con oficio, que sabe desempeñarse en cualquier máquina, el torno, la limadora, el cepillo, la fresa. Después de que se perdió la huelga, los patronos echaban a cualquier cantidad de gente, se daban el lujo de seleccionar, exigían el certificado. Yo era nuevo en esa época, no sabía el asunto del certificado falso y todas esas cosas. Era un continuo yirar de montones de gente. No nos daban trabajo, nos perseguían, jamás podíamos hacer pie. Y algunos nos poníamos en evidencia como luchadores apenas entrábamos, eran esos berretines, esa falta de experiencia que tienen los hombres, que estaban calientes y seguían calientes nomás, no se enfriaba nunca la cosa.

Con el paso del tiempo empezó a durar dos y tres meses en cada trabajo: los informes demoraban más. Adonde nunca pudo volver fue al sindicato.

Parece increíble, pero ahí nos persiguieron más que los patrones. Ninguno de los que dirigimos aquella huelga en Avellaneda pudo volver al sindicato. Se convirtió en una mafia. Hasta los quinieleros independientes desaparecieron: había que bancar para ellos. Los dirigentes hacían negocios de chatarra con los patrones, con el argumento del comunismo expulsaban del sindicato y las empresas a los obreros combativos, amasaban fortunas, se rodeaban de matones a sueldo.

Entonces sí, oímos hablar de Vandor.

Cerrada la vía gremial, Raimundo siguió en la militancia política. En 1958 conoció a un hombre corpulento, risueño, miope, que usaba un enorme sombrero. Objeto de incansable cariño, necesitaba ser llamado por muchos nombres: El Viejo, Mingo, El Griego, El Químico. Su nombre verdadero era Domingo Blajaquis y fue uno de los muertos olvidados de esa noche. Es incalculable la influencia que ejerció en Raimundo y sus amigos.

Porque él nos sacó todos esos berretines que teníamos, de ser peronistas por el hecho de serlo, y no comprender que el peronismo es un movimiento parecido al de otros pueblos que luchan por su liberación. Él no, él siempre fue un revolucionario, siempre tuvo una concepción del destino de la clase trabajadora. Y él nos explicó las causas por las que estábamos derrotados, el papel del imperialismo, el papel de la oligarquía, y el papel de la burocracia en

el peronismo: esos recitadores de los días de fiesta. Aprendimos lo que significaban los movimientos de liberación en el resto del mundo, y por qué nosotros teníamos que desembocar en un movimiento de liberación. Una vez que se abraza la concepción revolucionaria, ya no se la abandona más.

Vivieron el proceso duramente, los pactos, las elecciones, las crisis, las defecciones imperdonables:

Las traiciones dobles, porque nosotros no concebimos que hombres que llegaron a posiciones dirigentes como luchadores y con banderas políticas, como Vandor, después se burocraticen y cambien esas banderas por el sindicalismo y el acomodo. Ahí empezaba la postración del movimiento, la traición declarada, la podredumbre de la burocracia, la quiebra total de la solidaridad. En Misiones no se levantaba la cosecha de yerba, en Tucumán estaban pasando hambre, empezaban las ollas populares, y no había el menor síntoma de sensibilidad hacia eso. Al contrario, si los tucumanos adoptaban una forma de lucha más radical, éstos decían que eran frentistas, que eran comunistas. Ahora la iban de Mahatma Gandhi. De los movimientos de liberación, ni hablar. Se ignoraba todo y se practicaba un chauvinismo asqueroso, se marcaba a los hombres que señalaban que el peronismo era una parte de los movimientos de liberación nacional, que no era un movimiento aislado, que estaba unido a los movimientos de liberación en todo el mundo.

Nosotros estábamos en las 62 de Pie, pero también sabíamos que en las 62 había los que estaban de pie porque tenían la tachuela en la silla. Para

nosotros no se trataba de cambiar los hombres sino las actitudes, se trataba de tomar una auténtica posición de clase.

Estas eran las ideas que defendían en mayo de 1966 Raimundo y sus amigos. Son las ideas que defienden hoy. Pero en esos días el país era sacudido por una gran batalla. El régimen de Illia agonizaba. Uno de los motores del golpe en marcha era el proyecto de reformas a la ley de despido, que el Parlamento había votado y los trabajadores apoyaban en masa. La tremenda ofensiva contra el primer avance en la legislación laboral producido después de 1955 saltaba desde los titulares de los diarios. En nombre de la Unión Industrial, el doctor Oneto Gaona calificaba a la ley como “la más regresiva que ha existido en el país”. La Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa demostraba en los hechos que, cristianos o no, los dirigentes de empresa tienden a inclinarse por la variante reaccionaria de cualquier pleito. El Frente Anticomunista Latinoamericano reclamaba el veto presidencial, “en defensa de la libertad y de la seguridad nacional amenazada por los imperialistas de Moscú y Pekín”. La CGE (Confederación General Económica), de lejana extracción peronista, coincidía con el Partido de la Revolución Libertadora, con la Sociedad Rural, con la Bolsa, con la Cámara de Comercio, con los centros, las federaciones, y las asociaciones en que era lícito seguir despidiendo a la gente a la vieja usanza, en la forma en que Raimundo y sus amigos y decenas de miles de trabajadores venían siendo despedidos desde 1956.

A las diez de la noche Raimundo Villafior se limpió las manos engrasadas, cambió el mono por un traje a rayas, salió a encontrarse con Rolando, con Blajaquis y con cuatro miembros más de su grupo de militantes que, precisamente, estaban organizando un acto de apoyo a los cañeros tucumanos y las reformas a la ley 17.229.

Se topó con ellos en la esquina del Automóvil Club. Caminaron por Mitre, que, según explicó dos horas después el parte policial, es “una arteria altamente comercial, en lo más céntrico de la población, por donde circulan varias líneas de colectivos de transporte de pasajeros, que enlazan este partido con la Capital Federal y poblaciones aledañas, tanto de ida como de vuelta, a lo que hay que sumar la de vehículos particulares”.

Entre los que se contaron esa noche los del dirigente Vandor, el dirigente Izetta, el dirigente Castillo, el dirigente Safi y una veintena más de dirigentes motorizados, relucientes y bien vestidos, que comieron pollo en el Roma o tomaron whisky en La Real.

Sin contar al finadito Rosendo.